

Juan regresó a su celda solo, feliz de tener buena comida y pizza, aunque la noche fue interrumpida por un largo terremoto de 5.9 en la escala de Richter, con epicentro en la zona de esquí de Farallones sobre Santiago. Tales magnitudes no son gran cosa en Chile, y Juan y Pamela continuaron su conversación mientras sus respectivos edificios temblaron sin mucho alboroto. Treinta minutos antes, un terremoto de 7.0 golpeó la Antártida, pero las preocupaciones sobre un tsunami que golpeará Valparaíso fueron rápidamente descartadas. Aún así, no había nada como estar en una celda de prisión cuando llegó un terremoto.

Castro estaba de mal humor al día siguiente, regañando ferozmente a uno de los machucados. Pero por lo demás fue un domingo típico, con adoración privada por la mañana y el Zoomcast de los Bautistas Históricos por la tarde. Hubo una pequeña sacudida de terremoto (3.7 en la escala de Richter) mientras Juan yacía en su cama. Una vez más, no fue gran cosa. Juan recuperó parte de su ropa del Miami 1 que tuvo que volver a doblar y guardar (Miami 1 siempre dejaba las prendas al revés y las doblaba así). También recuperó sus sábanas limpias y las ajustó en su nuevo colchón. Aníbal 1 había cortado los dos pies de la cama a los pies de Juan. El nuevo ancho era fabuloso, aunque el colchón era bastante suave. Juan no podía esperar a ver si dormía mejor y si desaparecería el dolor en su hombro. Más temprano, Juan hizo siete deliciosos burritos de pollo, cerdo, queso y guacamole abajo. Se comió dos, Miami 1 tuvo uno, Ismael 1 tuvo uno, y Rubén 1 tuvo uno. Luego uno fue para Franco 1 y otro para el ranchero Tito 1 (había visto y pedido uno cuando entró al comedor). Se especializaba en robar artículos de carteras y mochilas sin el conocimiento del dueño. Todos pensaron que estos simples burritos eran exquisitos. La única desventaja para Juan es que tendría menos verduras esta semana para él mismo. Al menos Marcelo 1 se detuvo y deslizó algunos duraznos por el portal. Antes del encierro, Juan también pudo hablar más con Alexis 2, quien estaba con tres días de licencia de la preparación del rancho (té y zapallo) después de cortarse el dedo. Aún parecía ser un cristiano serio.

Cisternas llegó a tiempo el 25 de enero—día de visita. Pamela, sin embargo, llegó treinta minutos tarde. “El taxi se encontró con algo de niebla, lo que causó un retraso”, dijo. (Ese hecho hizo poco para aliviar la decepción de Juan.) Logró dejar 40,000 pesos para Juan en la ventana de servicio del gendarme, junto con sus medicamentos necesarios. Su visita fue estupenda, aunque ella pensó que Juan había perdido peso (una opinión no compartida por los del 118). La pareja casi inmediatamente se quitó las mascarillas requeridas y se movió para sentarse muy cerca uno del otro—acompañados de todo el afecto matrimonial que uno podría esperar de cónyuges amorosos que no se habían visto en un mes. En total, había nueve reos y nueve visitantes. (Ningún otro módulo tuvo visita ese día.) Juan también le dio a Pamela dos libros que había leído para llevar a casa—otra acción que técnicamente era contra las reglas, pero entonces otra vez, también lo eran abrazarse, besarse, tocarse, tomarse de las manos, y así sucesivamente. A los gendarmes no les importaba. Las reglas gubernamentales excesivas que afectaban a las personas bajo la cuarentena de Covid-19 eran ridículas, si no draconianas. La pareja había llegado a creer que la llamada “pandemia” no era tan severa como el gobierno y los medios habían hecho creer a todos. Por lo tanto, los gendarmes no estaban haciendo cumplir esas reglas. Incluso el dispensador de gel de alcohol montado en la pared detrás de Pamela estaba vacío.

De vuelta en el 118, el día fue bastante aburrido para la mayoría de la gente. Pocos reos estaban afuera en el patio, y Rubén 1 estaba enfermo con dolor de espalda en su celda. Por lo tanto, nadie jugó ajedrez y Miami 1 atendió su servicio de lavandería, siendo también lo suficientemente amable para hacer la tarea de limpieza del baño de Juan mientras estaba en la visita. Además de algunos rancheros, solo Juan, Jorge 1, y Cristián 2 tuvieron visitantes. Después de que Juan regresó, Sergio 2 (del 118B) fue rápido en abalanzarse sobre sus papas fritas y Doritos. También, Juan compartió un pedazo de su sándwich de jamón y queso con Miami 1, después de que Ismael 1 lo rechazara, aunque por razones desconocidas para Juan, Miami 1 decidió dárselo a Maroni en su lugar—quien pensó que era fabuloso. ¿Quién no lo haría, cuya comida habitual era rancho? Juan había compartido antes medio limón con Michael 1, algo que fue excepcionalmente valorado. El ambiente terminó siendo feliz y amigable en su mayor parte, aunque Delfín 1 llamó a Sergio 2 (del 118B) maricón por besarlo en la cabeza.

Al final del tiempo de patio, Naomi Órdenes, una joven abogada amigable afiliada con la oficina del Defensor Público, vino a ver a Juan en el 118. Parecía ser de derecha políticamente. Cisternas dejó que los dos usaran su oficina para hablar. En la opinión del Defensor Público, había una probabilidad muy alta de que el caso de Juan fuera escuchado el jueves. Estaba emocionada de reunirse con Juan porque tenía un cliente en Santiago con circunstancias similares a las del caso de Juan. Su cliente, Francisco Camplá, “El pistolero de La Dehesa”, disparó una vez a manifestantes de izquierda a principios de noviembre de 2019, aunque difería de Juan en que carecía de una licencia para transportar legalmente su arma. Como Juan, fue acusado tanto de intento de asesinato como de usar injustificadamente un arma en público. Sin embargo, existían algunas otras diferencias notables entre los casos. Por un lado, a diferencia de Juan, Francisco

Camplá estaba borracho; segundo, su bala apuntó directamente a los manifestantes, pero no golpeó a nadie. No disparó en defensa propia como lo hizo Juan; estaba enojado, mientras que Juan mantuvo la calma bajo presión. Juan y Naomi estrategizaron un poco sobre cómo podrían mejorar el caso de Juan, notando que era probable que Claudio Fierro estaría argumentando por un nuevo juicio solo. Estaba eufórica de finalmente conocer a Juan y se disculpó por que su bufete de abogados en Viña del Mar había sido tan poco cooperativo cuando Juan fue arrestado por primera vez. Habían decidido no tomar su caso, temiendo represalias públicas. Juan le presentó el primer volumen de este libro, *Llevando la Cruz*, y discutió cómo podría ser útil en su caso—especialmente si se le diera a los Jueces. Estaba intrigada con la idea y dijo que se lo consultaría a Guillermo Améstica. Después de escuchar sobre ello, él determinó que no sería una buena idea, y ni siquiera apropiada.